

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Misterios	109
Acerca de Jesús desamparado	130
Fragmento	136
Espigueos	137
Ha resucitado el Señor verdaderamente (IV)	138

Año XI. N° 4

Julio - Agosto 2006

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian

Cap. Cairo 546

(1842) Monte Grande

Buenos Aires

Argentina

©2006 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

MISTERIOS

Varios pasajes de las Escrituras hacen referencia a “misterios”. Este término evoca, sobre todo para nosotros, el “misterio escondido desde los siglos en Dios” mencionado en Efesios 3:9; es decir, la Iglesia. Pero también se emplea respecto a otros aspectos diferentes. De manera general, el Espíritu de Dios admite como “misterio” lo que permanece incomprendible para nuestro entendimiento y que sólo puede ser conocido en la medida y en el momento en que a Dios le agrade revelárnoslo, ya sea que el cumplimiento de ello sea actual o aún futuro. En el presente, no todos los “misterios” se hallan cumplidos (cf. Apocalipsis 10:7), pero todos ellos nos han sido revelados, aunque con una sola excepción: el misterio de la unión de la divinidad con la humanidad, el misterio de la persona del Hijo (cf. Mateo 11:27). Sin embargo, es necesario hacer notar que en este último pasaje no se utiliza la palabra “misterio”, aunque para nosotros se encuentre allí un misterio insondable. ¡Que Dios nos guarde del intento de sondear lo que a Él no le pareció bueno revelarnos, que nos guarde de tratar de “mirar dentro del arca” (cf. 1.º Samuel 6:19)!

En los pasajes que citaremos a continuación consideraremos brevemente los diferentes “misterios” de los que habla la Palabra. Con casi pocas excepciones, los pasajes que se refieren a ellos se encuentran en los escritos del apóstol Pablo, lo cual no nos sorprende, pues él fue un fiel “administrador de los misterios de Dios” (cf. 1.ª Corintios 4:1-2). Para facilitar la exposición, parece útil agrupar estos diferentes “misterios” en diversas categorías:

1. *Los misterios referentes al mal y a su desarrollo.*
2. *El misterio relativo al gobierno de Dios.*
3. *Los misterios pronunciados por aquellos que hablaban en lenguas en la asamblea.*
4. *Los misterios que constituyen el conjunto de los secretos de Dios.*
5. *Los misterios que se refieren a la Persona y a las glorias de Cristo.*
6. *Los misterios concernientes a Cristo y la Iglesia.*
7. *Los misterios relativos al andar del creyente en este mundo.*
8. *Los misterios del reino.*
9. *El misterio de la venida del Señor.*

Parece preferible comenzar con los misterios que están comprendidos en los cuatro primeros grupos, aunque sin detenernos demasiado en la consideración de ellos, a fin de que, a continuación, nos ocupemos con más detalles en aquellos en los cuales hallaremos, mucho más que en los primeros y muy especialmente, el alimento y el refrigerio que nuestras almas necesitan.

1. Los misterios referentes al mal y a su desarrollo

En esta categoría pueden ser alineados “el misterio de la iniquidad” y “el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae” (Apocalipsis 17:7). El misterio de la iniquidad obraba ya en tiempos del apóstol. Con mucha mayor razón, pues, lo hace hoy y obrará hasta el fin; es decir, hasta el arrebatamiento de los santos que tienen parte en la primera resurrección, la resurrección de entre los muertos. Seguidamente vendrá la apostasía de la cristiandad. Entonces, la “casa grande” (2.^a Timoteo 2:20) esta-

rá compuesta solamente por los profesantes que nunca tuvieron la vida de Dios y que, precedentemente, se habían unido a cualquier denominación cristiana. Así, se consumará la unión del mundo cristiano, después de haber sido amplia y vanamente buscada durante mucho tiempo. Eso será Babilonia, la Babilonia orgullosa, rica y poderosa de la que nos hablan los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis. La corrupción idólatra de la religión cristiana, que alcanzará su apogeo en ese momento, se encuentra figurada en “la gran ramera” mencionada en el capítulo 17, en cuya frente está escrito un nombre: “Un misterio, Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra (v. 1 a 7). Efectivamente, ¿qué misterio es que aquella que tiene la pretensión de ser la Iglesia de Cristo, y la única Iglesia, sea verdaderamente el origen de toda la corrupción que se desarrolla en la cristiandad para llegar a la madurez cuando la apostasía —la negación completa y pública del cristianismo— y la manifestación del “hombre de pecado” den lugar al “misterio de la iniquidad” (cf. 2.^a Tesalonicenses 2:1-12)!

El desarrollo de la iniquidad en el seno de la Iglesia profesante —la cual, no obstante, es responsable de obedecer a la voluntad de Dios— constituye un misterio. ¿Quiénes son aquellos que tienen conciencia de tal iniquidad y de su desarrollo, fuera de los creyentes que, instruidos por la Palabra y el Espíritu de Dios, tienen la revelación de ese misterio como también del “misterio de la mujer, y de la bestia que la trae”? La “bestia” es una figura del Imperio romano, el cual reaparecerá bajo su última forma cuando “la bestia... que está para subir **del abismo**”, es decir, cuando este imperio reciba poder y autoridad de Satanás mismo. ¿Qué misterio es que aquella que tenía la responsabilidad de presentar a Cristo en este mundo, de constituir allí un

testimonio para Dios, se deje “traer” por un poder que recibe su autoridad del diablo! Dios quiso revelarnos este misterio: “Yo te diré el misterio...” (Apocalipsis 17:7). Y esto ¿no tiene en vista un objetivo práctico? Sí, pues leemos: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas...” (Apocalipsis 18:4). Es preciso salir de Babilonia antes de que ella sea juzgada “en un solo día... en una hora” (v. 8-10); y somos invitados a hacer esto, ya, ahora. Aunque no podamos salir de la “casa grande”, al menos somos exhortados a apartarnos de la “iniquidad” —lo cual es una responsabilidad personal: “Apártese”— a fin de seguir “la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2.^a Timoteo 2:19-22). Así, pues, se encuentra reunido el pueblo de Dios —“pueblo mío”, dice Él— separados de todo mal, sin ser “partícipes de sus pecados”, de los pecados de ese conjunto que, después del arrebatamiento de la verdadera Iglesia, se manifestará como “Babilonia la grande” y que ya reviste numerosos caracteres de ella.

2. El misterio relativo al gobierno de Dios

El gobierno de Dios con respecto a su pueblo terrenal —entre tantos actos de Su gobierno— nos es presentado especialmente como un misterio: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego (o y así) todo Israel será salvo...” (Romanos 11:25.26).

Este pasaje de las Escrituras nos revela un misterio que corresponde al cumplimiento del propósito de Dios respecto a

su pueblo Israel; propósito ya anunciado por el profeta Isaías (6:9-10), luego confirmado por el Señor mismo cuando estuvo en este mundo, rechazado por su pueblo (cf. Marcos 4:12; 3:20-35). “Ha acontecido a Israel endurecimiento en parte”, de manera que, como testimonio de Dios, Israel es puesto de lado. Tenía que ser así para que el Evangelio pudiera ser predicado a los gentiles, quienes de allí en adelante serían responsables de mantener el testimonio de Dios en este mundo. Éstos son vistos en la figura del “olivo silvestre”, ahora “hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo” (Romanos 11:17). Así, pues, la “exclusión” de Israel es “la reconciliación del mundo” (v.15). Pero cuando “haya entrado la plenitud de los gentiles”, es decir, cuando se complete el número de los que deben formar parte de la Iglesia, Dios retomará sus relaciones con Israel, que ya no será más incrédulo, sino creyente (v. 25 y 23); será el remanente fiel que constituirá un todo, el verdadero Israel, el pueblo terrenal de Dios. En este sentido, pues, está escrito: “Todo Israel será salvo” (v. 26; cf. Romanos 9:27).

Dios no quería que ignoráramos “este misterio”, misterio que permanece impenetrable para el incrédulo, pues la historia de Israel y su condición presente —lo cual, para nosotros, creyentes, es una confirmación de la verdad de la Escritura, si tuviésemos necesidad de ello— permanece como un misterio para los hombres de este mundo.

Pero si Dios endureció el corazón del pueblo, no lo hizo sin haberles advertido antes, sin haberles manifestado mucha paciencia. Israel se endureció primero, y por ello Dios, en su gobierno, lo endureció luego. Fue igual a lo que, en la antigüedad, sucedió con Faraón. En varios pasajes encontramos la expresión: “El corazón de Faraón se endureció”, o: “Faraón se endu-

reció” (Éxodo 7:13, 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 35), mientras que está escrito que sólo después de ello “Jehová endureció el corazón de Faraón” (9:12; 10:20, 27; 11:10; 14:8), o: “Yo he endurecido su corazón, y el corazón de sus siervos” (10:1), “Yo endureceré el corazón de Faraón” (14:4), lo que, por otra parte, Jehová había anunciado a Moisés por adelantado, porque Él conoce el fin de una cosa antes de su comienzo (cf. 4:21; 7:3).

De lo expuesto, podemos extraer una enseñanza moral útil para cada uno de nosotros: ¡siempre es algo muy serio no querer escuchar las advertencias que Dios nos dirige y endurecer nuestro corazón! Corremos el riesgo de tener que experimentar, como Faraón o como el pueblo de Israel, el ejercicio del juicio gubernamental de Dios; y si Él mismo endurece nuestro corazón, ¿qué será de nosotros? En cuanto al incrédulo, puede llegar a sufrir las mismas consecuencias que Faraón: “Faraón, rey de Egipto es destruido; dejó pasar el tiempo señalado” (Jeremías 46:17). Haber dejado pasar el tiempo de la paciencia de Dios, significa ¡estar perdido para siempre! Respecto al creyente, por cierto que la cuestión de su salvación eterna no se pone en tela de juicio, pero ¡qué sufrimientos atravesará en el tiempo actual y qué pérdida sufrirá en el día de la manifestación y de la retribución, delante del tribunal de Cristo! (cf. 2.^a Corintios 5:9-10).

3. Los misterios pronunciados por aquellos que hablaban en lenguas en la asamblea

El apóstol hace una observación a los corintios respecto a las lenguas. Les dice que “las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos” (1.^a Corintios 14:22). En esos

tiempos, los primeros de la historia de la Iglesia, en los cuales el don de lenguas se ejercía para la predicación del Evangelio — los enviados del Señor podían ser así reconocidos como portavoces de Su parte, y el don se ejercía para provecho: los oyentes escuchaban el Evangelio en su propia lengua—, muchos, probablemente para darse importancia, hablaban en lenguas en la iglesia aunque su auditorio no llegara a los entenderlos. Por lo tanto, ellos no hablaban a los hombres sino a Dios; nadie los entendía, aunque en espíritu pronunciaban “misterios”: lo que decían quizás era excelente en sí, pero no producía ningún provecho para la Iglesia, a menos que alguien interpretara (14:5). Ahora bien —y el apóstol insiste sobre este punto—, toda acción en la asamblea debe ejercerse con vistas a la edificación. Para que esto sea así, es necesario en primer lugar (la condición es necesaria pero no suficiente) que cada uno sepa lo que es dicho (v. 15-17).

En esto, aún, hallamos una enseñanza útil y que debemos retener: según la enseñanza misma de la Escritura, un hermano que obra en la asamblea debe expresarse de tal manera que sea entendido por todos. En primer lugar, pues, debe hablar con claridad y con una voz suficientemente fuerte como para ser escuchado; luego, en dependencia del Espíritu Santo, debe presentar con simplicidad y claridad lo que pueda ser fácilmente comprendido por el auditorio, para que haya una real edificación. En la asamblea no hay ningún lugar para expresar discursos confusos o intrincados, para exposiciones sutiles y complicadas que tienden a excitar la curiosidad mucho más que a nutrir al alma, ¡mediante lo que es únicamente el fruto de la imaginación de alguien que busca lucirse en lugar de procurar la edificación de la asamblea!

4. *Los misterios que constituyen el conjunto de los secretos de Dios*

En el capítulo 13 de la primera epístola a los Corintios, el apóstol nos dice cuál debe ser el móvil para el ejercicio de los dones: el amor. Si no es este móvil el que los hace obrar, el ejercicio de ellos llevará poco fruto. El apóstol toma algunos ejemplos para poner de relieve lo que desea enseñar en este capítulo. En el versículo 2, dice: “Si tuviese profecía”, es decir, la revelación de los eventos por venir, “y entendiese todos los misterios”, es decir, todos los secretos de Dios, “y toda ciencia”, es decir, el conocimiento de las Escrituras, “Y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes”, una plena y completa confianza en la omnipotencia de Dios (cf. Mateo 21:21-22), “y no tengo amor, nada soy”.

Dios nos ha revelado todos los misterios mencionados en las Escrituras, salvo, como ya lo hemos señalado, el de la Persona del Hijo, Dios y Hombre a la vez. Tal revelación me podría llevar a llenarme de orgullo como, por otra parte, también me llevaría a ello el hecho de repartir “todos mis bienes” (si fuese capaz de hacerlo) o de no retroceder en un camino que me condujera a “entregar mi cuerpo”; pero si conozco o hago todo esto “y no tengo amor” nada soy, de nada me sirve. (cf. 1.ª Corintios 13:3).

Por lo tanto, estemos agradecidos por todo lo que a Dios le pareció bueno revelarnos mediante su Palabra y su Espíritu; pero que el hecho de entender “todos los misterios” no sea para nosotros el conocimiento que “envanece”, sino que permanezca sin cesar unido al amor que “edifica”. Que tal conocimiento nos sea útil para manifestar un amor verdadero y obediente a la Palabra, el amor que “se goza de la verdad” (1.ª Corintios 13:6).

Pasemos ahora a considerar los misterios que conciernen a Cristo mismo, a su Persona, a sus glorias y a su Iglesia.

5. *Los misterios que se refieren a la Persona y a las glorias de Cristo:*

a) Misterio de Dios (Colosenses 2:2; Apocalipsis 10:7)

b) Misterio de la voluntad de Dios (Efesios 1:9)

c) Sabiduría de Dios en misterio (1.ª Corintios 2:7)

a) Misterio de Dios. Este misterio abarca el conjunto de los consejos de Dios para la gloria de su Hijo; consejos que aún no están plenamente cumplidos (cf. Apocalipsis 10:7) y que solamente se consumarán cuando Cristo sea establecido como Centro de todas las cosas. Cuando Dios haya reunido “todas las cosas en Cristo...” (Efesios 1.10), “el misterio de Dios se consumará” (Apocalipsis 10:7) y el mal será quitado para siempre. Mientras tanto —y por cierto que es un misterio para cuya comprensión necesitamos la enseñanza y la revelación de las Escrituras—, el malo prospera aparentemente con impunidad, de manera que muchos razonan como en el pasado lo hizo Asaf antes de entrar en el santuario de Dios (véase Salmo 73). ¡El “misterio de Dios” aún no se ha consumado!

El apóstol se dirigió a los colosenses —y también a nosotros— a fin de que conocieran su unión con Cristo, Cabeza del cuerpo, de la Iglesia, y que igualmente conocieran a Cristo como Aquel que es el Centro de los designios de Dios. Se trata del “misterio de Dios... en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:2-3; RV1909). Tales “tesoros” están “escondidos” para el hombre, pues para poder gozar de ellos es preciso conocer a Dios plenamente revelado

en Cristo, ¡y el hombre no quiere a Cristo! Lo que el hombre llama “sabiduría” o “conocimiento” es algo completamente diferente de esos “tesoros” escondidos en el “misterio de Dios”.

Los colosenses, como también los laodicenses, se vanagloriaban de su propia sabiduría; pero el efecto de tal sabiduría era desligarse de Cristo, por lo tanto esa no era la sabiduría según Dios. Un peligro semejante nos acecha, como consecuencia del desarrollo de los estudios. Esto es indudable, al menos en parte, pues existe cierto «intelectualismo religioso» que conduce generalmente, por no decir siempre, a hacer perder de vista lo esencial, a Cristo mismo, y a mantenernos ocupados en las especulaciones del espíritu humano, que tiene mayor inclinación a glorificarse cuando éstas se ejercen sobre las cosas de Dios. Así, se corre el riesgo de ser llevados a considerar con una condescendencia más o menos marcada la falta de instrucción e incluso la simplicidad de los creyentes humildes y modestos, pero a menudo más espirituales; se intenta salir de “las sendas antiguas”; se hacen esfuerzos para establecer como principio un «no conformismo» que, en la mayor parte de los casos, no es otra cosa que desobediencia a la Palabra; y, finalmente, se llega a una entrega a las peligrosas seducciones de la filosofía cristiana —respecto de la cual el apóstol nos advierte (Colosenses 2:4, 8)— y a juegos de la mente que, por cierto, tienen como resultado alejarnos de Cristo y de la “simplicidad que es en Cristo” (cf. 2.^a Corintios 11:3; RV 1909) ¡y que son una profanación de las cosas santas! Verdaderamente, ¡cuán preciso es que tomemos conciencia de semejantes peligros y que estemos convencidos de la necesidad de velar! El secreto para ser guardados de esta trampa del enemigo es penetrar siempre de manera más profunda en el conocimiento del “misterio de Dios... en el cual

están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. En tal conocimiento están “escondidos” todos esos “tesoros” ¡y en ninguna otra parte! ¡Mantengámonos firmemente asidos a la Cabeza y crezcamos en el conocimiento del “misterio de Dios”! Así podremos afirmarnos en la fe y, con simplicidad y pureza, podremos “dar a conocer el misterio de Cristo” (Colosenses 4:3).

b) *Misterio de la voluntad de Dios.* Dios quiso no solamente situarnos en una posición y en una relación nuevas, sino también darnos a conocer el “misterio de su voluntad”, a saber, “de reunir todas las cosas en Cristo... así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:9-10). Cuando las diversas dispensaciones hayan llegado a su fin, Cristo tendrá la administración universal de todas las cosas en los cielos y en la tierra; éste es el propósito de Dios desde la eternidad, “el misterio de su voluntad, según su beneplácito”, misterio que en su gracia Él quiso revelarnos.

Dios no quiso que Satanás y el hombre tuvieran la última palabra en esta creación “sujetada a vanidad” y que se encuentra en “esclavitud de corrupción” (cf. Romanos 8:20-21); Cristo es quien pondrá un término a la historia de esta tierra mediante su reinado glorioso. La acción de Satanás después de dicho reinado será solamente para demostrar que el corazón del hombre permanece igual, aun cuando haya conocido mil años de justicia y de paz; y entonces el poder del enemigo será inmediata y definitivamente quebrantado. Dios pondrá todas las cosas entre las manos de su Hijo, el Hombre Cristo Jesús, a fin de asegurar el gobierno para su gloria, ¡y nosotros estaremos asociados a Él en su reino!

Dios, según “el puro afecto de su voluntad”, quiso hacernos hijos suyos. Más aún, Él quiso darnos a conocer “el misterio de su voluntad”: Él dará a Cristo la supremacía sobre todas las cosas. Finalmente, según “el designio de su voluntad”, Él quiso asociarnos a Cristo en dicha posición gloriosa (cf. Efesios 1:5, 9, 11).

c) Sabiduría de Dios en misterio. “Ninguno de los príncipes de este siglo” conoció la “sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”, “porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1.ª Corintios 2:7-8). Efectivamente, si ellos hubieran podido discernir toda la gloria y la sabiduría de Dios en Cristo, ¡no lo habrían crucificado!

El Antiguo Testamento no nos devela los designios de Dios relativos a la gloria celestial, designios que son la “sabiduría de Dios en misterio”; ellos nos son revelados en el Nuevo Testamento. La comparación de Isaías 64:4 con 1.ª Corintios 2:9 (que cita el versículo de Isaías 64:4) nos lo demuestra claramente. Isaías 64:4, dice: “Porque nunca jamás oyeron los hombres, ni con los oídos percibieron, ni ojo de nadie ha visto, **fuera de tí, oh Dios**, las cosas que hará el Señor por aquel que le espera” (V.M.); y en 1.ª Corintios 2, leemos: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero **Dios nos las reveló por el Espíritu...**”

El creyente posee aún más que a “Jesucristo crucificado (1.ª Corintios 2.2), posee —a causa de que Él fue crucificado y resucitado de entre los muertos— un “misterio”, una “sabiduría de Dios en misterio” ahora revelados a aquellos que han termi-

nado con su antigua condición, es decir, a los que “han alcanzado madurez”, de quienes habla el versículo 6. La sabiduría de Dios halló en Cristo el medio de llevar a cabo su propósito eterno: terminar con el hombre viejo e introducir en su santa presencia a un hombre nuevo que tenga parte en Su gloria. Esto es lo que desde los tiempos eternos “Dios ha preparado para los que le aman”.

6. *Los misterios concernientes a Cristo y la Iglesia:*

- a) *Misterio del cuerpo de Cristo* (Efesios 3:3, 4, 9; 6:19; Colosenses 1:26, 27; Romanos 16:25)
- b) *Misterio de la Esposa* (Efesios 5:32)
- c) *Misterio de las siete estrellas* (Apocalipsis 1:20)

Estos diferentes misterios constituyen “el misterio” por excelencia. Los pasajes que se refieren a dicho misterio nos resultan tan familiares que nos limitaremos a una enumeración sumaria de las verdades que ellos nos presentan

a) Misterio del cuerpo de Cristo. Al apóstol Pablo le fue dada la gracia de “aclarar a todos cuál sea la dispensación (administración) del misterio escondido desde los siglos en Dios” (Efesios 3:9). Dicho misterio le fue dado a conocer “por revelación” (v. 3) y no mediante instrumentos humanos (cf. Gálatas 1:1, 11, 12). Él acababa de hablar de ello “brevemente” en los dos primeros capítulos de la epístola que les dirigió a los efesios, muy particularmente en los versículos 11 a 22 del capítulo 2 y sobre todo en los tres últimos, lo que permitía que los creyentes de Éfeso entendieran cuál era su “conocimiento en el misterio de Cristo” (Efesios 3:3-4). Toda diferencia entre judíos

y gentiles se encontraba abolida; la “pared intermedia de separación” estaba destruida y “mediante la cruz” los dos pueblos se hallaban reconciliados con Dios “en un solo cuerpo” (cf. Efesios 2:13-18). De manera que ahora los gentiles vienen a ser coherederos —en un mismo cuerpo con los judíos—, copartícipes de la promesa (es decir, el Espíritu Santo; cf. 2:18) en Cristo Jesús (3:6).

En el capítulo 3 de la epístola a los Efesios, versículo 4 —como también en Colosenses 4:3, pasaje citado más arriba respecto al “misterio de Dios” — el apóstol habla del “misterio de Cristo”. Se trata de la revelación de la gloria de Cristo, Cabeza del cuerpo, de la Iglesia. La Iglesia se encuentra inseparablemente unida a Él; así, leemos que el conjunto, Cristo y la Iglesia, es llamado “Cristo” (1.^a Corintios 12:12). En Efesios 6:19, el apóstol emplea la expresión “misterio del evangelio”. Este “misterio” se refiere a la Persona a la cual el Evangelio nos da a conocer como Salvador y Señor; y el Evangelio que Pablo anunciaba era el propósito de Dios relativo a Cristo y la Iglesia, que estaba “escondido desde los siglos en Dios” y que ahora está revelado.

En la epístola a los Colosenses, en la cual el apóstol habla también del “misterio que había estado oculto desde los siglos y edades” (1:26), leemos que este misterio “ahora ha sido manifestado **a sus santos**”; en la epístola a los Efesios vemos que dicho misterio “ahora es revelado **a sus santos apóstoles y profetas** por el Espíritu”; y en la epístola a los Romanos hallamos que “se ha dado a conocer **a todas las gentes**” (Colosenses 1:26; Efesios 3:5; Romanos 16:26).

El apóstol Pablo, dirigiéndose a los colosenses respecto a este misterio, dice: “Ahora ha sido manifestado a sus santos, a

quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (1:26-27). Ahora, judíos y gentiles forman un solo cuerpo, pero los judíos esperaban un Mesías que debía ser manifestado en gloria en esta tierra para establecer en ella el reino (cf. Lucas 24:21; Hechos 1:6). Los profetas habían anunciado al Mesías para Israel y la gloria que Él traería consigo; ahora bien, aquellos a quienes les fue anunciado el Evangelio, podían decir: «Aunque el Mesías haya venido a nosotros, aún no tenemos la gloria.» Para ellos eso era un misterio. Por lo cual el apóstol les escribe esto: Cristo permanece en nosotros —de manera invisible, sin duda; pero, no obstante, una preciosa realidad para la fe—; así, pues, aún no tenemos la gloria, pero tenemos “la esperanza de gloria”. Tal es el alcance de “la gloria de este misterio”: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”

Recordemos aquí que, en la epístola a los Efesios y en la epístola a los Colosenses, el “misterio” tiene dos caracteres diferentes: en Efesios se trata de nosotros en Cristo, judíos y gentiles unidos por el Espíritu Santo en un solo cuerpo con Cristo, Cabeza glorificada en el cielo; en Colosenses los creyentes son vistos en la tierra, resucitados con Cristo y teniendo la responsabilidad de andar como tales en este mundo. De manera que cuando el apóstol habla del “misterio” en la epístola a los Colosenses, lo presenta en relación con el andar de los creyentes; se trata, pues, de “Cristo en vosotros”. En la epístola a los Efesios, estamos delante de Dios “en Cristo”; en Colosenses, Cristo está “en nosotros” delante del mundo. Las dos cosas están estrechamente ligadas.

En la epístola a los Romanos, el apóstol desea mostrar, sobre todo, de qué modo las relaciones del hombre con

Dios —interrumpidas después de la entrada del pecado en el mundo—, pudieron ser restablecidas sobre la base de la justicia. Y, sólo de manera incidental, presenta al creyente como estando “en Cristo”, siendo “un cuerpo en Cristo” (8:1; 12:5). Pero él no puede concluir tal Evangelio sin introducir el tema de los designios de Dios; por ello habla del “misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos” (16:25). La revelación de los designios de Dios está contenida en el evangelio; el apóstol emplea la expresión “mi evangelio”, evangelio que tiene como punto de partida a Cristo en la gloria y presenta la preciosa verdad de la unión de los creyentes, en un solo cuerpo, con Cristo glorificado en el cielo.

b) Misterio de la Esposa. ¡Qué misterio es el de la unión de Cristo con la Esposa! El apóstol aplica a esta unión el texto de Génesis 2:24: “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (Efesios 5:31). Y para hacer comprender que este “misterio” concierne a la unión de Cristo con su Esposa, y no a la del marido y la mujer, añade: “Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (v. 32).

c) Misterio de las siete estrellas. “El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias” (Apocalipsis 1:20). Aquel que es la Cabeza del cuerpo, de la Iglesia, tiene en su “diestra”, es decir, bajo su autoridad, al “ángel” de cada iglesia. El “ángel” designa aquí a una o a muchas personas que representan delante del Señor el estado en que se encuentra

la iglesia o asamblea y que están estrechamente ligadas a la responsabilidad que tienen sobre dicho estado. En otros términos: la parte espiritualmente responsable del estado de la asamblea. En esto hay un “misterio” en el cual sólo la fe puede penetrar: se trata de Cristo quien tiene bajo su autoridad a los representantes morales de las asambleas; Él es quien tiene la dirección y el poder de la administración en la asamblea.

7. Los misterios relativos al andar del creyente en este mundo:

a) Misterio de la fe (1.ª Timoteo 3:9)

b) Misterio de la piedad (1.ª Timoteo 3:16)

a) Misterio de la fe. La fe es aquí el conjunto de las enseñanzas que Dios nos da para que, poniéndolas en práctica, podamos andar de modo que sea agradable para Él. En consecuencia, es un “misterio” para el espíritu del hombre, quien es incapaz de comprender un andar sumiso a tales directivas. El “misterio de la fe” debe ser guardado “con limpia conciencia”, es decir, no solamente comprendido por la inteligencia espiritual, sino aún recibido de tal manera que la enseñanza divina penetre en el corazón y ejercite profundamente la conciencia para que produzca todos sus efectos santificantes en el andar. El conocimiento no debe ser sólo un asunto de la inteligencia, sino que debe estar ligado a una conciencia ejercitada delante de Dios y debe obrar en ella de manera que mantenga a ésta en un estado puro, limpio.

b) Misterio de la piedad. Una lectura superficial de la Palabra nos llevaría a pensar que los versículos 15 y 16 del capí-

tulo 3 de la primera epístola a Timoteo no tienen mucha vinculación. Sin embargo, es todo lo contrario; la relación entre los dos versículos es muy estrecha. El apóstol le escribió a Timoteo diciéndole: “Para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.” Para que tal conducta sea una realidad, la vida de cada creyente debe ser una vida de piedad; por eso el apóstol nos dice inmediatamente cuál es el “misterio” o el secreto de la piedad.

El orden es inverso con respecto al que generalmente se considera como normal: por cierto el creyente encuentra preciosos recursos en la asamblea, pero éste no es el punto de partida. El punto de partida se encuentra en la vida individual, alimentada de Cristo, en la vida de piedad.

Que cada uno haga esto realmente y con fidelidad; entonces habrá vida y prosperidad en la asamblea, y el orden en ella será mantenido y manifestado. Y una asamblea en orden y en paz —¡quiera Dios que ésta sea la parte de cada iglesia local!— permitirá llevar a cabo reuniones felices y bendecidas, en el curso de las cuales será gustada la presencia del Señor, y el Espíritu Santo obrará sin que haya nada que lo contriste; así cada uno experimentará la unción y el poder de ello y habrá una real edificación para todos.

No obstante, repitémoslo, el punto de partida se halla en una vida de piedad vivida por cada creyente individualmente. Esto reduce a la nada los propósitos que intentan interponerse para excusar tal o cual debilidad, diciendo: «¡El estado en que se encuentra la asamblea es tan malo que ya a nadie le sorprende nuestras faltas individuales!» Pero nuestras faltas individuales son la consecuencia de la decadencia de la piedad, y en ellas se encuentra el origen de la debilidad que se manifiesta

en las asambleas, con todas las consecuencias que surgen de ello.

Como el objetivo del apóstol, al escribir la primera epístola a Timoteo, era el que se define en el versículo 15 del capítulo 3, comprendemos por qué escribe inmediatamente el contenido del versículo 16, y por qué también se habla de la piedad a lo largo de toda esa epístola (1:9; 2:2; 3:16; 4:7, 8; 5:4; 6:5, 6, 11). Para que la vida de Dios pueda desarrollarse y manifestarse en el creyente, necesita un alimento: Cristo. Dicha vida tiene a disposición una fuente escondida, secreta, en la cual el fiel debe beber. Se ven solamente los efectos de ella, pero hay un secreto, un “misterio” del cual el creyente tiene la llave. Fuera de la fe en este misterio, no existe verdadera y enriquecedora piedad.

La piedad es algo incomprensible, profundamente misterioso para los hombres de este mundo; y esto es así porque ella tiene una fuente secreta, escondida para todos los ojos: se pueden ver diferentes manifestaciones de ella, o al menos algunas, pero es imposible discernir lo que la origina. Sólo el creyente tiene el conocimiento de tal “misterio”, de tal secreto, el cual únicamente tiene valor y poder porque reside en el conocimiento de una Persona «desconocida» y que, sin embargo, fue dada a conocer: Cristo, plena y perfecta revelación de Dios al hombre, “Dios manifestado en carne”.

El grande e insondable misterio de la Persona del Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, Dios y hombre a la vez, misterio que no podremos sondear jamás, está estrechamente ligado al “misterio de la piedad”. El “misterio de la piedad” no es un conjunto de doctrinas, es el conocimiento de una Persona a la cual están ligados los afectos del corazón renovado. La piedad no puede ser reproducida fuera del conocimiento de “Dios ma-

nifestado en carne...” (1.^a Timoteo 3:16). Tal es el «secreto», el único secreto para vivir una vida de piedad, que conducirá a la realización práctica de lo que es efectivamente la Iglesia: “columna y baluarte (o sostén) de la verdad” (v.15).

8. *Los misterios del reino (Mateo 13:11; Marcos 4:11)*

“A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos”, o “el misterio del reino de Dios”. A causa de la incredulidad de su pueblo, el Señor hablaba a las multitudes en parábolas, cumpliendo así la profecía de Isaías 6:9, 10, “aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo” (cf. Mateo 13:10-17, 34, 35; Marcos 4:10-12, 33, 34). Si el Mesías, el Rey de Israel, hubiera sido recibido por su pueblo, el reino habría sido establecido y no habrían habido “misterios del reino de los cielos”.

Pero Cristo fue rechazado y crucificado. Y, resucitado, Él tomó su lugar en el cielo como Hombre glorificado. Desde entonces el reino revistió una forma misteriosa, presentada por el Señor en las parábolas de Mateo 13, Marcos 4 y Lucas 8. ¿Podrían los hombres comprender que los creyentes se apeguen a un Señor invisible y den testimonio de sumisión y obediencia a Él? ¿Para ellos es un misterio!

El reino de Dios no es otro que el reino de los cielos. Se trata del mismo reino, pero visto desde el punto de vista moral. Nosotros somos exhortados a manifestar los caracteres de tal reino: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres” (Romanos 14:17, 18).

9. *El misterio de la venida del Señor (1.^a Corintios 15:51-58)*

En este caso, el “misterio” consiste en que no todos los santos pasarán por la muerte. Ahora tal misterio se encuentra revelado. Esto era algo completamente nuevo porque bajo la dispensación (o economía o administración) precedente (con excepción de Enoc y de Elías) todos los justos tuvieron que pasar por la muerte.

Los muertos en Cristo resucitarán cuando el Señor venga —el apóstol desarrolla este tema en la parte precedente del capítulo y en el capítulo 4 de la primera epístola a los Tesalonicenses—, pero entonces habrá santos que estarán viviendo en la tierra. Ellos serán “transformados”, y es necesario que lo sean porque “la carne y la sangre” (es decir, el estado en que se encuentra el hombre después de la caída) “no pueden heredar el reino de Dios” (1.^a Corintios 15:49, 50). ¡Misterio para el incrédulo! ¡Bendito sea Dios por habérselo revelado!

¡Demos gracias a Aquel que ha querido darnos a conocer estos diferentes “misterios”! Por lo tanto, anhelemos penetrar más en este precioso conocimiento, guiados por el Espíritu, sin olvidar que el conocimiento debe ejercitar nuestra conciencia ¡y que nuestra responsabilidad siempre está unida a dicho conocimiento! “Porque todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48).

P.Fuzier (M. E 1967)

ACERCA DE JESÚS DESAMPARADO

Pregunta:

En la cruz, al final de las tres horas de tinieblas, Jesús exclamó: “Dios, mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Como ningún pasaje de las Escrituras expresa que Jesús fue desamparado por el Padre, ¿podemos decir que su comunión se vio interrumpida con su Dios, pero no con su Padre, apoyándonos en particular sobre el versículo en el cual leemos: “No estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32)?

Respuesta:

No existe tema más sagrado, ni terreno en el que, con la mayor exigencia, se requiere entrar con los pies descalzos, ni (advirtámoslo) objeto que más se preste a la funesta curiosidad de la gente, como la que manifestaron los de Bet-seles, quienes miraron dentro del arca (1.º Samuel 6). El misterio de la unión de la divinidad y de la humanidad en Cristo, tanto como el de la unidad de las tres Personas divinas, escapa a nuestra inteligencia, por renovada que ésta sea. A nuestro intelecto no le está permitido comprender de qué manera en Jesús se encuentran a la vez las relaciones eternas de tales Personas divinas entre sí, y las relaciones entre el Hombre perfecto y Dios.

La indisolubilidad de la relación entre el Padre y el Hijo; Jesús desamparado en la cruz; el deleite que el Padre halló en el Hijo, quien hizo Su voluntad ofreciéndose a sí mismo, un deleite que, precisamente, fue mayor en el momento en que Él fue desamparado; Dios entregando a su propio Hijo, y haciendo pecado por nosotros a Aquel que “no conoció pecado”. Todo ello abarca tantos **hechos** atestiguados por las Escrituras que noso-

tros no podemos ordenarlos, “no es posible contarlos” (Salmo 40:5). Retengamos, pues, simplemente y con la mayor reverencia, el lenguaje de las Escrituras.

Cuando los discípulos iban a dejar solo a Jesús, él dijo: “El Padre está conmigo” (Juan 16:32). Poco antes, había dicho: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida...” (10:17); y aún anteriormente: “No soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre” (8:16, 29). Pero todo esto ¿implicaba que Él pudiera gustar los goces del amor de su Padre en el seno de las tinieblas en el Gólgota? La **relación** con su Padre, su filiación eterna, permanecía inmutable; pero el **goce** de dicha relación (y eso es lo que se quiere decir al hablar de “comunión”) ¿permaneció cuando tuvo que exclamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado”? Antes de las tres horas de tinieblas, Jesús se dirigió a su Padre, quien le había dado “la copa”, y luego se dirigió a él cuando esas horas pasaron, para poner su espíritu en sus manos; pero durante el curso de esas horas él clamó a “su Dios”, y su Dios no le respondió (Salmo 22:2).

Por lo tanto, decir que la comunión con su Padre subsistió intacta cuando fue desamparado por Dios, es ir más allá de lo que permiten las Escrituras, es transgredirla, y debilitar, por no decir más, la terrible realidad del desamparo. Pero, por otra parte, pensar que el amor del Padre por el Hijo, y que el amor del Hijo por el Padre haya podido sufrir un eclipse, es pensar algo que raya con la blasfemia.

De hecho, ningún pasaje de las Escrituras expresa que Jesús haya sido desamparado por su Padre (por otra parte, tampoco ningún pasaje de los Evangelios contiene la palabra “comunión”). Por este motivo, los hermanos que nos precedieron hacían una distinción entre «desamparo de Dios» y «cese de

la comunión con el Padre», y se abstenían de decir que Jesús había sido desamparado por su Padre. Quizá parezca muy sorprendente hallar este lenguaje una vez (la única de que tengamos conocimiento) bajo la pluma de J. N. Darby¹⁾, quien escribió: «Aquel que siempre había sido objeto de las delicias del Padre, ahora era desamparado por Él...» Esto nos llama a ser extremadamente prudentes. En efecto, el escollo aquí sería querer hacer una distinción entre Dios y el Padre, lo cual llegaría hasta poner en tela de juicio la unidad de Dios en tres personas. Por eso, frente a lo que es insondable, limitémonos a adorar.

A continuación, reproducimos, además de un fragmento más extenso de ese pasaje del escrito «Notas sobre el evangelio de Marcos», algunos otros extractos significativos redactados por respetados expositores bíblicos.

«... Cristo, quien desde toda la eternidad era las delicias de Dios, nunca fue más precioso para Dios que cuando manifestó esa perfecta obediencia. Pero esa obediencia tuvo su consumación cuando fue hecho pecado por nosotros...

... ¿Quién puede sondear los sufrimientos del Salvador? Aquel que había sido objeto de las delicias del Padre, ¡ahora era desamparado por Él! Aquel que era la santidad misma, ¡se encontraba hecho pecado delante de Dios!» (J.N.Darby., *Notes sur l'évangile de Marc*, 4ª edición, 1977, p. 172-173).

1) *Notes sur l'évangile de Marc* (Notas sobre el evangelio de Marcos) p. 173. Por cierto, no se trata de un *lapsus* ni de un error de imprenta. El texto inglés de esta obra, editado por W. Kelly (*Collected Writings*, vol. 24, p. 329) es idéntico al texto francés de dichas Notas, que fueron publicadas en «*Le Messager Évangélique*» en 1887, antes de que aparecieran en forma de libro. Dicho escrito, sin duda, fue revisado con mucha atención en cada oportunidad.

«En la cruz, no se trata de comunión; en el huerto, en cambio, vemos a Cristo en comunión con el Padre, en cuanto al poder de Satanás que iba a caer sobre él...» (J.N.Darby, *Notes sur Luc* (Notas sobre Lucas), 4ª edición, 1975, p. 281).

«... Aunque, en su obediencia, nunca fue más agradable [para Dios] que en la cruz; allí [Cristo] lo fue al soportar el desamparo de Dios, para la gloria de Dios...» (J.N.Darby, *Les Souffrances de Christ* (Los sufrimientos de Cristo), traducción de la 2ª edición, 1868, p. 12).

«...[Cristo bajo la ira de Dios,] tal fue Cristo. Todos los dolores estuvieron concentrados en su muerte, donde ni las consolaciones de un amor activo, ni la comunión con su Padre podían aportarle algún alivio, ni ser, por un momento, entremezclados con esa terrible copa de ira...» (Ibíd., p. 49).

«...Nunca el Cristo obediente fue tan precioso como entonces; pero su alma debía ser puesta en oblación por el pecado, a fin de cargar judicialmente el pecado ante Dios...» (Ibíd., p. 73).

«...Cristo, durante toda su vida, como siervo, desde el comienzo hasta el fin de su ministerio, e incluso en Gestsemaní, nunca se dirigió a Dios llamándolo así; Él lo invocó siempre como “Padre”. En la cruz, al contrario, sabemos que exclamó: “Dios mío, Dios mío”; pero si se hubiera expresado de este modo en el curso de su vida, habría estado fuera de lugar, ciertamente no porque ese título no perteneciera a Aquel a quien Cristo invocaba, sino porque no expresaba la relación sin nubes, la bendición de la que nuestro Señor tenía conciencia como Hijo, y en la cual siempre ha estado. En la cruz, Dios obraba con él respecto al pecado y, por consecuencia, en su carácter de Dios, según su naturaleza, su majestad, su justicia y su verdad... Los términos que el Señor emplea, indican de manera evidente y

solemne la diferencia de las dos posiciones en las cuales se encontraba situado relativamente...» (Ibíd., p. 88).

«...Creo que el deleite del Padre en su Hijo nunca fue mayor que en ese momento solemne; pero eso no significa la **comuni3n** del deleite de Dios...» (Ibíd. p. 89, nota).

«La uni3n de la divinidad con la humanidad en la Persona de Cristo era indisoluble desde el momento de la encarnaci3n. Un error característico de los gn3sticos era imaginar una separaci3n de dichas naturalezas cuando Él estaba a punto de sufrir para hacer la expiaci3n y morir. Y ese error es fatal en cuanto a la divina eficacia de la expiaci3n, así como en cuanto a la gloria permanente de su Persona...

...Hasta las tres horas de tinieblas, Él había andado sin que ninguna nube oscureciera el gozo que sentía el Padre; pero ahora Él debía experimentar, como lo hizo en el más alto grado, lo que Dios sentía y debía ejecutar como Juez del pecado.

...Era la perfecci3n de sus sufrimientos... el sufrimiento de parte de Dios... Su amor insondable por Dios y por el hombre nunca fue tan demostrado como cuando Él cargó así, en la cruz, nuestro juicio de parte de Dios; pero, incluso por esta misma raz3n, para Cristo ése no podía ser el tiempo de gozar de la comuni3n y de las delicias del amor de Dios, como siempre lo había sido hasta entonces y como lo sería después...» (W. Kelly, *The Bible Treasury*, 1903, p. 272).

«...Esas horas de tinieblas, en las cuales se encontraron Dios y el hombre, el Dios santo, juez de todos, y el Justo hecho anatema por nuestros pecados —horas en las cuales Jesús sintió su más grande dolor, teniendo a Dios y a todo contra Él,

llegaron a su final. Llegó el momento en que pasaron y, con ellas, el juicio directo y el anatema de Dios. El Señor tuvo el alivio de saber que “todo estaba consumado”... Lo que le faltaba aún era pasar por la muerte; todo estaba consumado hasta allí. Fue entonces cuando dijo: “Tengo sed”, y entregó el espíritu en paz en las manos de su Padre...

...Se pregunta cuál es la diferencia entre su relaci3n con Dios y con el Padre. Sin pretender agotar el tema, puedo decir que, en el primer caso, el de las horas de desamparo, se trataba de Dios y el hombre, del Dios juez de todos y el hombre hecho pecado por nosotros manifestado ante Dios; mientras que con el Padre, se trataba de las felices relaciones de afecto que corrían entre el Padre y el Hijo.

Pasadas esas horas, aquellas horas que habían hecho surgir del alma de Cristo ese doloroso clamor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, Él se encontraba ahora bajo la mirada del Padre, ejerciendo la obediencia a su mandamiento, que consistía en dar su vida por sus ovejas, y lo efectuaba en el poder del testimonio del Padre. Así, en ese momento de las glorias de la cruz, ¡Él demostró mayor grandeza que nunca!» (J.-L. Favez, *Considerations sur les souffrances de Christ à la croix*. Nueva edici3n, 1893, p. 26).

«Para Él, las tinieblas implicaban el cese de la comuni3n con el Padre, tanto como el desamparo de Dios. Algunos, falsamente, han dicho lo contrario; pero el pensamiento de que el Hijo, aun cuando fue desamparado por Dios, estaba en comuni3n con el Padre, quita toda su realidad a los sufrimientos expiatorios en la cruz, y debe ser rechazado completamente. La cruz es un misterio delante del cual debemos descalzarnos,

adorando el amor del Padre, quien entregó a su Hijo a la muerte por nosotros, el amor del Hijo, quien se ofreció en sacrificio, y la santidad infinita de Dios, su majestad y su gloria, las cuales fueron plenamente reivindicadas y satisfechas mediante los sufrimientos y la muerte de la santa Víctima.

Para hacernos comprender la grandeza del sacrificio que debió representar para el corazón del Padre la entrega de su Hijo único a los sufrimientos de la cruz, la Palabra nos brinda una figura en la escena de Moriah... (véase Génesis 22)». (Estudios en Lausana, sobre el Evangelio de Mateo. Las notas tomadas en dichos estudios fueron redactadas por el amado hermano Ph. Tapernoux y publicadas en «*Le Messager Évangélique*» 1936, p. 342).

(M. E. 1972)

FRAGMENTO

La epístola a los Efesios y la epístola a los Gálatas son los dos únicos libros del Nuevo Testamento en los que no se menciona la venida del Señor. Los gálatas habían abandonado el fundamento de la fe, la perfecta justificación por la fe en Cristo; por lo tanto, el apóstol Pablo se vio obligado a conducirlos a considerar nuevamente los principios básicos de la justificación. En la epístola a los Efesios la situación es totalmente distinta: la Iglesia es vista en Cristo en el cielo, de modo que dicha carta no podía tratar la cuestión de la venida de Cristo para recibirlo, pues en ella la Iglesia está vista como unida ahora a Él en el cielo.

(M. E. 1918)

ESPIGUEOS

Cuando el mundo observaba a Juan, a Pedro o a Pablo y percibía que ellos eran semejantes a su Señor, los rechazaba tal como lo había rechazado a Él. El mundo **no** podía conocerlos, porque **no** lo había conocido a Él.

Preguntémonos los creyentes de hoy: ¿nuestro andar es tan semejante al de Cristo, como para que el mundo, el cual no conoció a Cristo ni a Juan ni a Pablo, tampoco nos conozca a nosotros? ¡Ay!, quizá hasta un incrédulo podría señalarnos las diferencias que hay entre nosotros y Cristo.

El mundo veía en Pablo a un hombre que, en todo lo que hacía, tenía en vista la gloria de Cristo. Las personas que me han visto obrar desde hace treinta años, ¿podrían decir lo mismo de mí? Por cierto que no; pero ya sea que se trate de un pastor del rebaño o de la más débil oveja, la vida de Dios manifestada en cada uno debería tener el mismo carácter. Si es cierto que poseo dicha vida, ¿me conduzco en concordancia con ella? ¿Y tú?

Que cada uno se pregunte: «¿Puedo decir que soy un miembro de Cristo, que Él me mira y que ve correr en mí la vida que tengo en Él? ¿Soy consciente de la responsabilidad que tengo, la cual consiste en agrandar a Cristo, quien me amó y que, a pesar de lo que yo soy, no se avergüenza de decir que soy suyo?»

Si no hallas la respuesta, ve al Padre, díselo, y verás lo que Él hará, pues su pensamiento es **llamar a hijos** para sí. Vayamos al gran Médico, y hallaremos “bálsamo en Galaad” (véase: Jeremías 8:22).

G.V.Wigram (M. E. 1931)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 108)

Capítulo 4

Las mujeres en el sepulcro

“Y muy de mañana, el primer día de la semana, vivieron al sepulcro, ya salido el sol” (Marcos 16:2). Ahora vemos a otras mujeres de Galilea: la otra María (la madre de Jacobo y de José), Salomé (la mujer de Zebedeo), Juana (la mujer de Chuza, intendente de Herodes —Lucas 8:3), “y las demás con ellas” (Lucas 24:10). Ya hemos visto a María Magdalena en el sepulcro a una hora aún más temprana¹⁾.

De hecho, estas mujeres fueron allí también “muy de mañana” por la razón que hallamos en Lucas 24:1, donde leemos: “Vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado.” El pensamiento de que el Señor había resucitado estaba tan lejos de sus mentes que la única preocupación que tenían era terminar de embalsamar su cuerpo, el cual Nicodemo y José de Arimatea ya habían envuelto en lienzos con especias aromáticas (Juan 19:39-40). Así, ellas querían rendir los últimos honores a su Maestro di-

funto, según la costumbre judía. Pero, como lo sabemos, llegaron demasiado tarde para cumplir con tal servicio. Habrían obrado de manera muy diferente si hubieran recordado las palabras del Señor. ¿No les había dicho que iba a resucitar de entre los muertos al tercer día? Por lo tanto, el sepulcro no habría tenido ningún interés para ellas¹⁾.

A sus esfuerzos inútiles se añadía ahora una preocupación igualmente inútil: “Decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?” Pero, “cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande” (Marcos 16:3-4).

¿No nos resulta muy instructivo este pequeño detalle? ¡Cuántas veces nos inquietamos frente a un obstáculo que nos parece infranqueable, y muy pronto, para nuestra gran vergüenza, comprobamos que una mano invisible ya lo había quitado! ¡Cuántas veces una puerta que nos parecía estar irremediamente cerrada, fue abierta delante de nosotros en el instante en que levantamos los ojos a lo alto! ¡No teníamos que hacer más que entrar, como lo hicieron estas mujeres!

“Y hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús” (Lucas 24:2-3). A sus esfuerzos y a sus inútiles preocupaciones ¡se le añadió aún una perplejidad inútil! “Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes” (Lucas 24:4). Dios había enviado a sus siervos. ¡Con qué gracia Él provee lo que necesitan los suyos! Por cierto, ¿alguna vez les dejó de prodigar sus pacientes e infatigables cuidados?

La “visión de ángeles” (Lucas 24:23), que ya fue considerada en la historia de María Magdalena, es interesante en más de un aspecto. Cada Evangelio, según su propio carácter la presenta de manera diferente. Mateo, en relación con el Mesías, habla de “un

1) Se puede comparar esto con la conducta completamente diferente de los creyentes, cuando ellos esperaban al Espíritu Santo (Hechos 1:14).

ángel del Señor” que descendió del cielo. “Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve” (Mateo 28:2-3). En el evangelio según Juan, también se mencionan ángeles (20:12). En el evangelio según Marcos, donde el Señor es presentado como el siervo de Dios, leemos acerca de “un joven¹ sentado al lado derecho” (Marcos 16:5). Y en Lucas, quien presenta a Cristo como el hombre dependiente, se mencionan simplemente “dos varones” (Lucas 24:4). ¡Qué perfección se ve en la Palabra de Dios! Podemos estudiarla estando plenamente seguros del carácter divino de su origen.

Luego, la inútil perplejidad de las mujeres dio lugar a un temor también inútil. A pesar de que los mensajeros celestiales habían sido enviados muy especialmente hacia ellas, a estas mujeres “les había tomado temor y espanto” (Marcos 16:8). “Tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra” (Lucas 24:5).

¡Cómo las comprendemos! Y, sin embargo, lo que había sucedido daba motivos para espantar y hacer temblar al mundo (representado en este relato por los guardas del sepulcro), pero no a aquellos que por la gracia pertenecen a Jesucristo crucificado y resucitado. “No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo” (Mateo 28:5-6; Marcos 16:6).

Un día, también un ángel del Señor había dicho a los pastores de la comarca de Belén: “No temáis; porque... os ha nacido hoy... un Salvador.” Pero el camino de tal Salvador —quien en aquel momento se encontraba acostado como un niño en el pesebre— se había desarrollado de una manera totalmente distinta de lo que esos pastores habían pensado. ¡Había finalizado en la cruz, en la muerte y en el sepulcro! Pero, he aquí que aparece de nuevo un ángel del Señor, quien proclama “nuevas de gran gozo” y dice a esas almas turbadas: “No temáis”. Tal aparición era muy necesaria, pues por todas partes donde Satanás pierde su poder sobre un alma humana (para siempre, como él lo sabe muy bien), este ser maligno hace todo lo

1) La expresión designa a un servidor muy joven, a un subordinado o a un criado.

que puede para llenarla de temor, e incluso de espanto. Y tal temor oprime el corazón, lo deja sin fuerzas ¡y le quita la capacidad de apreciar plenamente las bendiciones que manan de la obra de Cristo!

Por eso, las palabras: “No temáis” están dirigidas a nosotros tal como se les había dicho a aquellas mujeres. «“Yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado”, que buscáis la comunión con Aquel que fue despreciado por todos». Recordemos también que a la humillación del Señor le siguió su gloriosa victoria y su triunfo sobre el pecado, sobre la muerte y sobre Satanás. Por lo tanto, ¡no tenemos por qué sentirnos confundidos, ni tampoco mirar hacia atrás deteniéndonos a contemplar todos nuestros esfuerzos, nuestras preocupaciones, nuestras perplejidades y nuestros temores inútiles!

“Ha resucitado, no está aquí... como os dijo” (Marcos 16:6, 7). Todas las preocupaciones y las penas **inútiles** de las que hemos hablado tienen su fuente únicamente en el descuido respecto a la palabra del Señor. Por eso los ángeles, para alentar a estas mujeres, añadieron una advertencia y una reprimenda: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea” (Lucas 24:5-6). ¡Cuánta pena e inquietud superfluas, cuánto desconcierto, duda y ansiedad inútiles habrían podido ahorrarse estas mujeres si, como María la madre del Señor, hubieran guardado todas Sus palabras en sus corazones! (Lucas 2:19, 51). Jacob también, antaño, había guardado la palabra de José (Génesis 37:11); pero, desgraciadamente, no por mucho tiempo. Asimismo el salmista exclama: “En mi corazón he guardado tus dichos” (Salmo 119:11). Su deseo era aprenderla, prestarle atención continuamente, meditarla todo el día, no olvidarla nunca, observarla y ponerla en práctica siempre. Sí, “bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Lucas 11:28).

Al testimonio de la palabra de Jesús se agrega ahora la prueba del sepulcro vacío. “Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (Mateo 28:6; Marcos 16:6). El lugar estaba vacío. Él no estaba

más allí, exactamente como se les había anunciado. Muy pronto, Aquel a quien ellas buscaban en vano entre los muertos se les presentaría vivo, lo cual constituiría una de las “muchas pruebas indubitables”.

Las mujeres, después de haber visto el sepulcro vacío, “el lugar donde fue puesto”, podían llevar a los discípulos el feliz mensaje de la resurrección. Era importante que esto se hiciera inmediatamente. Por eso los ángeles dicen: “**Id pronto** y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos (Mateo 28:7). Los demás discípulos no debían permanecer ignorando esto o sumidos en la pena. Ellos tenían que verlo nuevamente, y la tristeza que sentían debía convertirse en gozo (Juan 16:20). “Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo” (Marcos 16:7). ¡Qué mensaje, dado por Jesús y luego confirmado por los ángeles! “Vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22). “Entonces ellas se acordaron de sus palabras” (Lucas 24:8).

Pero, ¡qué engañoso es el corazón humano! Cuando, precedentemente, Jesús había hablado a los suyos acerca de su muerte y de su resurrección, ellos no habían comprendido sus palabras, aunque éstas eran muy claras ¹⁾. Y ahora, esas palabras, aunque recordadas bajo una nueva luz, no llegaban aún a aliviar completamente sus corazones (Lucas 24:7). Es verdad que las mujeres, siguiendo las instrucciones de los ángeles, salieron rápidamente del sepulcro y “fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos”; pero lo hicieron “con temor y gran gozo”, con dos sentimientos grandemente contradictorios. Marcos describe así tales sentimientos: “Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque

les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo” (Marcos 16:8).

Las palabras del Señor producen, a menudo, un efecto muy débil en nuestros corazones ¡que son lentos para creer y que están llenos de nuestros propios pensamientos! Sin embargo, Él “no desfallece, ni se fatiga con cansancio” (Isaías 40:28). A menudo, para vergüenza nuestra, es nuestra propia flaqueza la que despierta Su condescendencia y lo que le hace extender su mano llena de gracia hacia nosotros. Se ve claramente en este caso, cuando Jesús se acercó a esas mujeres que vacilaban entre el “temor” y un “gran gozo”.

“Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve!” (Mateo 28:8-9). ¡Qué encuentro!, pero también podemos añadir: ¡qué saludo! En la historia del Señor, ya hemos oído en dos ocasiones esta misma salutación. Traducida literalmente, significa: “Regocijaos.” Una vez fue pronunciada de manera pérfida por Judas: “¡Salve, Maestro!” Tuvo la audacia de decirle al Señor: “Regocijate”, ¡mientras lo entregaba con un beso! Y, de igual manera, los soldados que, burlándose, doblaban las rodillas delante de Jesús, a quien escupían y herían su cabeza con una corona de espinas, y luego vistieron de escarlata, le decían: “¡Salve, Rey de los judíos!” (Mateo 26:49; 27:29).

De este modo trataron los hombres —tanto judíos como gentiles— al Señor de gloria. Pero, ¡ay!, ellos fueron aún más lejos al darle en la cruz el lugar de desprecio y de suprema ignominia. Sin embargo, en los designios de la gracia de Dios, dicha cruz vendría a ser el medio por el cual la libertad y la felicidad eternas iban a ser la parte de esas pocas almas débiles, pero enteramente consagradas a este despreciado Nazareno. El Señor crucificado y resucitado les dirige a esas mujeres esta gozosa salutación: “¡Salve!”, cuando ellas, aún llenas de temor, volvían del sepulcro donde lo habían puesto. No obstante, en los cielos resonaría muy pronto un saludo tal como jamás se escuchó y que jamás se volverá a oír, cuando el “autor de

1) Compárese Mateo 16:22; 17:23; Marcos 9:32; Lucas 9:45; 18:34. Los Evangelios nos informan acerca de tres ocasiones muy distintas en las que Jesús anuncia su muerte y su resurrección: Mateo 16:21; 17:22; 20:17; Marcos 8:31; 9:31; 10:32; Lucas 9:22, 44; 18:31.

eterna salvación” entraría allí “declarado (lit.: saludado) por Dios sumo sacerdote” de su pueblo para siempre (Hebreos 5:9-10).

Cuando nosotros seamos arrebatados para encontrarnos con el Señor en el aire, escucharemos también ese saludo, tal como las mujeres que volvían del sepulcro: “Regocijaos.” Entonces, también se consumará lo que tan a menudo hemos anticipado en la tierra:

*Pronto, en el cielo, de edad en edad,
cantando el cántico nuevo,
los redimidos adorarán
ante la faz del Cordero.
Colmados de gozo en su presencia,
y admirándolo en su belleza,
ellos proclamarán su poder
y magnificarán su bondad.*

(Traducción literal)

Lo que a María Magdalena no se le había permitido hacer, les fue concedido a esas mujeres, conforme al carácter del Evangelio según Mateo: “Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron” (Mateo 28:9). Por cierto, como Rey de Israel, él quería ahora encontrar a los “pobres del rebaño” (Zacarías 11:11), a sus “hermanos”, al remanente fiel de Israel. Él se encontraría con ellos no en Jerusalén, ni en el templo, sino en Galilea, allí donde antes había establecido contacto con su pueblo terrenal, lugar que, por cierto, era el único donde ello podría llevarse a cabo. Entonces, Jesús les repite lo que había dicho el ángel: “No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a galilea, y allí me verán” (Mateo 28:10).

Pero los discípulos, antes de partir hacia Galilea, volverían a ver al Resucitado, individual y colectivamente, según lo que está escrito: “Después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días” (Hechos 1:3).

(Continuará)

*Cristo de Dios, que de tan grande altura
bajaste y, para al hombre rescatar,
pasaste por la prueba amarga y dura,
que por amor sufriste en su lugar.*

*La horrenda cruz, Jesús, por nos sufriste,
desamparado por tu Dios allí;
la muerte y sus terrores Tú venciste,
al recibir su golpe sobre Ti.*

*Con grande amor, ¡oh Cristo! te entregaste,
en cruz colgado, de Dios maldición;
tu propia sangre, el precio que donaste,
fue nuestra paz y eterna salvación.*

*¡Tierno Jesús!, de Dios el muy Amado,
del Padre el don, supremo don de amor;
a Ti, Señor, el Hijo consumado,
te adora el alma con santo fervor.*

*Señor, nos recordamos cómo sufriste aquí,
el Sustituto santo, herida tu alma así;
el cáliz de amargura, con plena sumisión,
Tú mismo lo agotaste, Señor, ¡qué redención!*

*Las olas vengadoras de cólera penal,
por sobre Ti pasaron con peso judicial;
y tu alma sumergida llevó la maldición
debida a los perdidos, por nuestra salvación.*

*La muerte Tú sondeaste en su profundidad,
pagando con tu vida la gran penalidad;
mas ¿cuál no fue el tormento que tu alma allí sufrió,
cuando el divino rostro de Ti Dios apartó?*

*¿Y quién dirá el gozo que el Padre en Ti sintió
cuando, tu vida dando, el suave olor subió?
De ese perfume llenas el cielo do ahora estás
junto al Padre ensalzado, do pronto volverás.*